



UNIVERSIDAD DE JAÉN

Investidura de la  
Excma. Sra. D<sup>a</sup> Luisa López Grigera

como Doctora *Honoris Causa*

## **LAUDATIO**

a cargo del

Prof. Dr. D. Ventura Salazar García

PROFESOR TITULAR DE LINGÜÍSTICA GENERAL

## **DISCURSO DE INVESTIDURA**

de la  
Excma. Sra. D<sup>a</sup> Luisa López Grigera

Jaén, 22 de noviembre de 2017



UNIVERSIDAD DE JAÉN

Investidura de la  
Excma. Sra. D<sup>a</sup> Luisa López Grigera  
como Doctora *Honoris Causa*

## **LAUDATIO**

a cargo del  
Prof. Dr. D. Ventura Salazar García  
*Profesor Titular de Lingüística General*

## **DISCURSO DE INVESTIDURA**

de la  
Excma. Sra. D<sup>a</sup> Luisa López Grigera

Jaén, 22 de noviembre de 2017

## DISCURSO DE INVESTIDURA

?

**Señor Rector Magnífico de la Universidad de Jaén**

**Estimado Ventura Salazar García**

**Dignísimas autoridades, Claustro de Doctores, señoras y señores:**

Interpretar en unas palabras qué se siente en momentos como este, no es fácil. *Agradecimiento* ante todo, sin duda. Y *asombro*, porque nada hay en mí que merezca esos honores, ya que no he hecho otra cosa más que pasarme la vida leyendo, que no ha sido más que una continua diversión. Pero, acaso, por aquello que decía Lanson de que un crítico es alguien que ya sabe leer y sabe enseñar a leer a los demás, ya que he pasado buena parte de mi vida enseñando a leer, al considerarme un crítico, o como se diría hoy, un filólogo, una filóloga, me estáis honrando, “sin causa”. Pero, ¿es que la *filología* merece esta distinción? En ese caso, si me permitís, creo que debo intentar una defensa de mi disciplina.

*Filología* es, sin duda, palabra griega. También lo es *filólogo*, el que ama al *logos*. El enamorado del *logos*, de la palabra. Sí, pero conviene recordar que, cuando hablamos de *Filología*, hablamos no de una, sino de varias disciplinas que han ido surgiendo durante decenas de siglos en torno a ese interés, a esa búsqueda amorosa de la palabra. Y, lógica-

mente, la primera pregunta debe ser: “¿qué es la palabra?”. La *palabra* es un *signo* compuesto por un grupo de sonidos, que el *homo sapiens*, en algún momento de su evolución –si ya no habría empezado a usarlo antes algún homínido– lo creó, lo tuvo que crear, para poder transmitir entre ellos algo que estaba más allá de las emociones, de los sentimientos. Algo que está más allá de esos sentires elementales que se transmiten en una sonrisa, o en una mueca de disgusto; en una caricia, o en un puñetazo. Porque para transmitir sentimientos los mamíferos superiores usamos espontáneamente los *gestos*, pero para transmitir la concienciación de esos sentimientos, de los factores que los producen, de sus consecuencias, de las ideas que nos hacemos de los entes y de sus comportamientos y de sus relaciones, los gestos no sirven; por eso los humanos tuvieron que convenir en un uso consciente de sistemas de signos, creados, claro está, para ello, arbitrariamente. Signos que no son espontáneos en nosotros, como lo son los gestos. Signos que los mayores de la tribu nos van enseñando a manejar durante años. Cosa no fácil. E insisto, nada fácil, porque lo que nos enseñan no es un diccionario, no es un depósito estático de todos esos signos, sino los signos en movimiento, en acción. Funcionando. Y eso es lo difícil, porque a lo largo de milenios el hombre ha ido apretando y concentrando significados en elementos minimísimos de sonidos, de ruidos, y de silencios.

Empezamos por nombrar las cosas, todo lo que nos rodea, que andando los años la escuela nos enseña que se

llaman “nombres”; pero como esas entidades se mueven, cambian, se nos escapan, aprendimos, cambiando sonidos, a decir cómo se mueve el mundo. Y la escuela nos enseñó más tarde que esas palabras se llaman “verbos”. Y si ese mundo nos placía o no, también aprendimos a calificarlo. Y a situarlo en relación con nosotros y con nuestros interlocutores, y aprendimos a usar eso que la escuela nos dijo que se llaman “pronombres”. Algo más tarde otro de los miembros mayores de la tribu nos iba a enseñar que a esos signos los estudia una disciplina que también lleva nombre griego: *gramática*. Y a medida que crecíamos en edad y en sabiduría nos hicieron distinguir también en la gramática otras sub disciplinas que no nombro para no seguir profiriendo helenismos, como *fonética*, *sintaxis*. Sí, todo eso es parte de la *Filología*. De la Filología en el que llamamos mundo occidental.

Ahora bien, ya avanzados los tiempos, revolucionados los franceses y expulsados los jesuitas de España y de sus territorios, uno de aquellos que, refugiados en la otra península, se dedicaron a coleccionar saberes, el Abate Lorenzo Hervás y Panduro –entre 1785 y 1805– tuvo la feliz idea de publicar varios catálogos de la multitud de lenguas que hay en el universo mundo. Catálogos que sirvieron de base para su *comparación* y para el descubrimiento de que existían *familias* entre ellas, con lo que se constituyó la gran *Lingüística*: primero la *comparatista*, que seguiría ampliándose en la *nueva gramática* histórica. Todo eso fue un mundo apasionante. Pero esta gran disciplina, maridándose con otras, y

acaso malmaridándose con la filosofía antirrational de fines del XVIII, acabaría generando teorías que nos iban a traer algunos quebraderos de cabeza. Baste con recordar la afirmación de Herder de que “las lenguas son la expresión del alma de los pueblos”: a lengua distinta, pueblo distinto; a lengua distinta, nación distinta<sup>1</sup>. Aunque las diferencias fueran solo matices de las palabras de los romanos, como aquella que usaban para nombrar una de sus factorías básicas: *molinum*, que pronunciada en el Finisterrae dejó *muiño*, en la meseta *molino*, y sobre el Mare Nostrum *molin*, y que hasta en las montañas no romanizadas dejó su rastro en una forma *errota*, cuya raíz latina nadie puede negar. Y así, por esas teorías nos andamos, en la vieja Hispania, malhablantes de la lengua del Latio, defendiendo hoy en un sitio, mañana en otro, el enorme significado de esas insignificantes diferencias dialectales. Sin embargo, la *Filología* es una disciplina inocente, y lo sigue siendo. Los problemas los produjo su malmaridaje con algunas filosofías de fines del XVIII y principios del XIX que, renegando de la razón y de la lógica, pusieron su acento en lo sentimental, lo irracional y hasta lo racial.

Esta sería la cara puramente lingüística de la Filología. Y quiero recordar que, si bien el estudio sintáctico—la práctica del análisis sintáctico— ayuda a organizar la mente como las matemáticas, sus malmaridajes con filosofías, sociologías y teorías políticas pueden producir no pequeños problemas.

---

<sup>1</sup> Manuel Murguía: “Lingua distinta indica distinta nacionalidade”.

Pero hay otra gran cara de la *Filología* que es la lengua en los textos. Desde muy antiguo el estudio de las lenguas se practicó sobre los textos clásicos. Uno de los capítulos más conocidos de la Filología—el que yo he profesado preferentemente— es la lengua plasmada en textos que ya no solo tienen la función primaria de comunicar, sino también la de enseñar, deleitar, mover<sup>2</sup>. Eso que los mayores de la tribu nos hicieron empezar a frecuentar en la adolescencia bajo el título de *Literatura*: poesía, teatro, prosa. Los textos clásicos se han usado como medio para ahondar en las lenguas, como testimonios de las lenguas, vivas y muertas. “La lengua se debe estudiar en los textos”, proclamó el Renacimiento y hubo grandes disputas sobre cuál era el mejor método para aprenderlas, si por las reglas de la gramática o por el *uso*, es decir, por la lengua viva. Y el uso se entendía el que está presente en los textos. Así penetraron los textos literarios en la universidad. Los textos clásicos, se entiende, porque los vernáculos entraron más tarde. Por eso el maridaje de la *Literatura* con la *Historia* fue cosa del siglo XIX. Creación del Romanticismo.

Sin embargo, el primer estudio conjunto de todas las literaturas del mundo lo había hecho un cuarto de siglo antes otro de aquellos expulsos españoles de 1767, Juan Andrés y Morell (1740-1817), *Dell’Origine, progressi e stato d’ogni*

---

<sup>2</sup> Esta es la definición de objetivos de la retórica desde el *Ad Herennium*.

*attuale letteratura*, publicado en Parma entre 1782 y 1799<sup>3</sup>. Puesto que Andrés había sido profesor de Retórica antes de su expulsión, en este momento su estudio tiene un valor especial.

Sí, la *Historia de la literatura* es un fenómeno romántico hijo de las bodas de *Filología* y *Estética*, la nueva disciplina filosófica creada por el Romanticismo Alemán (yo pertenezco a la generación que todavía solfeó en la universidad las cartas de Federico Schiller *Sobre la Educación Estética del hombre*). Así que no puede sorprender que la primera *historia de la literatura española* la haya escrito el alemán Friedrich Bouterwek (1904). Sin grandes interpretaciones románticas, sino pegada a la erudición neoclásica, en especial a los apuntes de Tomás Antonio Sánchez para la Edad Media<sup>4</sup>.

Entre tanto, en el siglo XIX se desarrolla fuertemente la *crítica literaria*, con diversas orientaciones sustentadas en las corrientes de pensamiento vigentes. Una de las disciplinas de la crítica literaria, con fuerte presencia en el mundo hispánico a principios del XX, *la estilística*, estaba vinculada a las corrientes del idealismo lingüístico alemán de Karl Vossler y de Leo Spitzer. El método que Spitzer proponía era: leer, y leer con atención alerta para todas las formas que

sorprendan en el lenguaje, buscar común denominador, relacionarlas con lo psíquico y con el plan general de la obra. Y allí estaba todo o casi todo lo que conforma una obra literaria: la lengua como base primera, la sistematización de los datos, y su relación con la personalidad del escritor y con algo nuevo, *la estructura* de la obra. Porque la relación con lo psíquico no era nueva en el análisis literario, ya que la había introducido la estética kantiana, al considerar a la obra de arte como “expresión de vivencias personales”.

La *estilística* que practicábamos en el mundo hispánico, tanto en Madrid como en Buenos Aires, consideraba que el estilo es la expresión de la personalidad del escritor, y por tanto el estilo de un escritor es el mismo a lo largo de toda su vida. Pero este principio fundamental me creó un día gran desconcierto: trabajando en Buenos Aires, bajo la dirección de Ángel J. Battistessa, una tesis sobre las “Fuentes de *La Vida de San Pablo Apóstol* de Quevedo”, la afirmación de don Américo Castro de que en Quevedo hay dos estilos distintos y muy distintos, uno jocoso y otro serio, y que por tanto en Quevedo hay dos personalidades distintas, no solo me preocupó enormemente, sino que me desconcertó. En 1961 viajé a Madrid para pasar un año en la Biblioteca Nacional revisando fuentes de dicha obra, y al mismo tiempo estudiando con don Rafael Lapesa la *Sintaxis histórica*, en la que él estaba investigando. Al decidir quedarme en mi patria a convalidar los estudios y a hacer el doctorado español, propuse al profesor Lapesa estudiar el estilo de Quevedo en

<sup>3</sup> La obra fue publicada en español por Sancha bajo el nombre de su hermano Carlos a partir de 1784. Felizmente, esta obra fundamental en la historia de la literatura ha sido reeditada recientemente en España.

<sup>4</sup> Tomás Antonio Sánchez, *Colección de poesías castellanas anteriores al siglo XV*. Madrid, Sancha, 1779.

tres de sus tratados ascéticos distantes entre sí unas décadas (la *Doctrina moral* de 1612, retocada en 1634 con el título de *La Cuna y la Sepultura*; *La Virtud Militante* de 1635, cuyo borrador autógrafa se conserva en la Biblioteca de Menéndez y Pelayo en Santander; y *La Providencia*, de 1643, autógrafa en la Biblioteca Nacional) para ver si dentro de ese género, escrito en estilo “serio” según don Américo, había un mismo estilo o no. Como se decía, con razón o no, que no se podía estudiar el estilo de Quevedo si no se contaba con textos autógrafos o en ediciones críticas, tuve que realizar la edición crítica de la *Doctrina Moral-Cuna y Sepultura*. Un primer análisis sintáctico reveló diferencias notables entre una y otra obra en construcciones que se podían encuadrar en lo que Don Dámaso Alonso había llamado en términos saussurianos “sintagmas no progresivos”. El tribunal consideró verosímil lo que yo proponía en ese plano de los sintagmas no progresivos: que se podían distinguir tres estilos diferentes. Se publicó la edición crítica, pero no el estudio estilístico, puesto que yo no sabía por qué se habrían producido esos cambios. Dilucidar las causas de tal contradicción dentro de lo que era para nuestra estilística creencia arraigada me iba a llevar un lustro. Al estudiar, por consejo de Don Dámaso, los sintagmas no progresivos en la prosa de principios del siglo XVI, teniendo que escoger textos de los años 1527-1530, dudé entre cuál elegir de las dos obras de Antonio de Guevara, que considerábamos una misma extendida en la segunda redacción: el *Marco Aurelio*, impreso en 1528 —pero escri-

to hacia 1524—, y el *Relox de Príncipes y Marco Aurelio* de 1529. Por la costumbre de haber cotejado ejemplares distintos de la misma edición de un libro, comparé un texto que, aparentemente, se repetía en ambas obras: “El Villano del Danubio”. El texto se había casi duplicado, mientras que la narración, la argumentación, las ideas sustentadas, no habían cambiado. Lo que había cambiado era el estilo, ya que el de la segunda versión no tenía casi relación con el de la primera, precisamente en ese tipo de construcciones sintácticas. La primera versión era más simple, mientras que la segunda estaba formada por una acumulación complejísima de dichas repeticiones. Ese segundo estilo es el que se venía considerando el auténtico estilo de Guevara. El primero parecía un estilo renacentista clásico, que podríamos llamar ciceroniano. El segundo era manierismo puro. El primero apolíneo, el segundo dionisiaco, hablando en la terminología de las artes plásticas. La primera explicación que se me ocurrió fue la de la vecindad, en la corte del Emperador, entre el predicador real, Guevara, y el pintor Alonso Berruguete, que por aquellos años estaba esculpiendo el retablo de San Pablo de Valladolid, la gran eclosión del manierismo. ¿Por qué entonces no suponer que, si uno de ellos rompía en la plástica las formas apolíneas, no podía el otro romperlas en las formas lingüísticas?

Pero continuando con la búsqueda de lo que en aquellos años podría haber sido causa de tan extraño suceso, tropecé con la publicación, en 1528, del tratado de Erasmo

*Ciceronianus*. La lectura de la obra me produjo una tremenda revolución mental: esos cambios no respondían a un cambio en la personalidad, ni siquiera en los sentimientos del autor, sino a un cambio de *modas* en los estilos retóricos. Un cambio de “norma” retórica no ya solo español, sino europeo. Un movimiento anticiceroniano. Aquello acabó con mis análisis de construcciones sintácticas no progresivas, y me llevó a buscar los cambios de normas retóricas que se habrían producido en la España áurea, dentro de Europa. Era un cambio de sistema retórico. Y es que algo ya se sospechaba de estas cosas, al menos para la Edad Media: en 1948 había aparecido en Berna el libro<sup>5</sup> *Europa Cristiana y Edad Media Latina*<sup>6</sup>, del alemán Ernst Robert Curtius, que demostraba – entre otras reflexiones importantísimas– que en la literatura de la Edad Media europea no se podía hablar de “expresión personal” original y espontánea, sino de selección retórica consciente. El capítulo cuarto del libro, dedicado precisamente a la Retórica, traza una historia de la disciplina hasta el Siglo XV y su supervivencia hasta fines del XVIII, pero advierte que todo eso en el momento en que él escribía era ya “papel para reciclar”, como diríamos hoy. Ese libro ejerció gran influjo en las nuevas generaciones posteriores a la Segunda Guerra mundial. Me contaba Harald Weinrich, que en

1948 había ingresado a la facultad de Filosofía en Alemania, que, al leer el libro de Curtius, se cambió a la de Filología. Es decir, se empezaba a recuperar la conciencia milenaria de que una sólida formación filológica enseña a pensar. Que no da contenidos ni ideas ya elaboradas, sino que prepara las mentes para pensar, para producir y sustentar nuevas ideas que ayuden al hombre a ser más humano.

Claro que lo que había hecho Guevara era contravenir los preceptos que llamaríamos ciceronianos, los más clásicos, que se habían implantado en la Europa del siglo XV, los de Cicerón y de Quintiliano, aplicando otros sistemas retóricos que se habían introducido desde Venecia de la mano de emigrados griegos, y que discípulos de Trapezuntius habían importado temprano a la Universidad de Alcalá y posteriormente a la de Salamanca. Fue de verdad un interesantísimo encuentro, porque, frente a los tres estilos –humilde, medio, alto– preceptuados por los tratadistas latinos, Hermógenes de Tarso distinguía unos veinte. Y porque, para explicarse los estilos de *La Celestina*, de *El Lazarillo*, y de *El Quijote*, y hasta los de Shakespeare, no eran suficientes solo los preceptos del gran hispano Quintiliano. En efecto, la aplicación de los preceptos retóricos al estudio de las literaturas en lenguas vernáculas da grandes resultados. En el último cuarto del siglo pasado surgieron no ya solo estudiosos de esta perspectiva, sino también asociaciones que reivindicaron la enorme importancia que había tenido la retórica en la producción literaria de la Europa occidental hasta que el kantismo la

---

<sup>5</sup> Libro que mi maestro argentino, Angel Battistessa, había reseñado con grandes elogios.

<sup>6</sup> Ernst R. Curtius, *Europäische Literatur und lateinisches Mittelalter*, Bern, 1948. Se tradujo al inglés en 1953 y al español en 1955.

desprestigió y dejó vedado su aprendizaje escolar, practicado durante casi 18 siglos. Pero en el mundo eslavo se había seguido enseñando la tradición retórica helenística, que revirtió en el centro de Europa en los años 60 del siglo pasado bajo el nombre de “formalismo ruso”. Precisamente han sido emigrados de la Europa del Este los que en los años 60 ayudaron a revalorizar la retórica. La retórica como disciplina mitad filosófica, mitad filológica. La retórica que empezó a enseñar públicamente en Roma el hispano Quintiliano se componía de cinco partes fundamentales: *inventio*, *dispositio*, *elocutio*, *memoria* y *actio*. A mediados del XVI, en París, Pierre de la Ramée redujo la retórica a solo la elocución. El aprendizaje de técnicas de memorización, con la invención de la imprenta, carecía de sentido. Las dos primeras, invención y disposición, como ya venían pensando otros desde unas décadas antes, eran parte de la lógica; es decir, que para los ramistas la retórica quedó solo en *filología*: el estudio de las funciones gramaticales más detalladas en su tarea de lo que propiciaba la retórica como su objetivo: enseñar, deleitar, mover. El segundo Renacimiento europeo puso el acento en las dos últimas, deleitar y mover. Precisamente ese uso de “figuras” para mover los afectos, como la *evidentia*, es lo que produjo el llamado “realismo” de nuestra literatura áurea. Alberto Blecua ha demostrado cómo esta figura está en el centro del arte del *Lazarillo de Tormes*, y Elena Artaza ha agregado además que nuestra gran novelita no se puede explicar sin las retóricas de Quintiliano, de Aristóteles y de Hermógenes.

En efecto, antes dije algo que acaso haya parecido excesivo: “que a lo largo de milenios el hombre ha ido apretando y concentrando significados en elementos minimísimos de sonidos, de ruidos y de silencios”. Generalmente eso no se nos ha explicado en las clases de gramática, pero eso existe y ha existido por lo menos desde hace veintitantos siglos, porque lo registraron y lo preceptuaron algunos retóricos griegos. Sobre la combinación de sonidos y silencios en nuestra lengua española moderna está establecido el ritmo, especialmente el de la poesía. A veces tropezamos con afirmaciones que nos desconciertan. Fray Luis de León, en la introducción al libro tercero de *Los Nombres de Cristo*, hace la conocida defensa de la dignidad de la lengua romance, castellana, para escribir sobre temas altos. En su caso sobre asuntos teológicos. Voy a citar un párrafo archicitado y conocido:

que el bien hablar no es común, sino negocio de particular juicio ... que de las palabras que todos hablan elige las que convienen y mira el sonido de ellas, y aun cuenta a veces las letras, y las pesa, y las mide, y las compone, para que no solamente digan con claridad lo que se pretende dezir, sino también con armonía y dulçura<sup>7</sup>.

---

<sup>7</sup> Fray Luis de León, *De los Nombres de Cristo*, Salamanca, Foquel, 1587, pp. 250v-251r.

Eso de contar las letras, pesarlas, medirlas y componerlas en alguien que confiesa tan detallado control sobre lo que escribe no puede ser simplemente una acumulación redundante de sinónimos. Tiene que ser, pensaba yo y lo sigo pensando, una definición cuidadosa de una técnica de escritura. Y sobre todo otra referencia que viene poco después:

Y si acaso dixeren que es novedad, yo confieso que es nuevo y camino no usado por los que escriben en esta lengua poner en ella número.

¿Qué entendía Fray Luis por poner “número” a su prosa? En las lenguas clásicas todos conocemos el número, pero, ¿en las vulgares? Sí, los humanistas de los siglos XVI y XVII tuvieron esa preocupación de atribuir “número” a las vocales de las lenguas vulgares. La mayoría coincidió en atribuir la condición de “larga” a la sílaba acentuada, pero en la española, tal como lo recoge don Gregorio Mayans en su *Rhetórica*, larga sería la vocal que se encuentra en sílaba trabada, como sucedía en el latín “por posición”. Y algo de eso hallé hace unos años al explicar a mis alumnos un poema de Quevedo escrito cerca de aquí:

Retirado en la paz de estos desiertos,  
Con pocos, pero doctos libros juntos,  
Vivo en conversación con los difuntos  
Y escucho con mis ojos a los muertos

Si no siempre entendidos, siempre abiertos,  
O enmiendan o fecundan mis asuntos

Y en músicos callados contrapuntos  
Al sueño de la vida hablan despiertos.

Si contamos las vocales nos llevamos una tremenda sorpresa, pues hay 16 *a*, 24 *e* y 34 *o*, Mientras que lo que conocemos por los estudios de fonética de nuestra lengua es que la vocal más frecuente es la *a*, le sigue la *e* y la tercera es la *o*. En este texto la *o* tiene una frecuencia desmesurada y, si tenemos en cuenta lo dicho por Mayans de que las vocales en sílaba trabada son largas, de esas, veintitrés serían largas. Hermógenes de Tarso, en su *Peri ideon*, al estudiar la Solemnidad, dice que “la dicción solemne es toda aquella que es de gran abertura”, y recomienda el uso de la Alfa larga y de la Omega<sup>8</sup>. Esto nos confirma que aún no sabemos nada del estilo en la prosa de Fray Luis de León, y, como en la de él, se puede suponer que tampoco sabemos mucho de otros grandes artistas de la palabra de nuestros siglos áureos. Es decir, que hacen falta más filólogos.

Antes de acabar quiero traer a colación, en esta pobre defensa de la Filología, algo curioso en estos momentos en que estamos en Europa preocupados por los nacionalismos surgidos de ideas discutibles sobre las identidades fundamentadas en las lenguas regionales. En 1985, queriendo asomarme al congreso que celebraba la Universidad de San-

---

<sup>8</sup> Hermógenes, *Sobre los tipos de estilo y Sobre el método del tipo Fuerza*. Introducción, traducción y notas de Antonio Sancho Royo, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1991, pp. 55-56.

tiago, otra vez un análisis lingüístico me mostró que nuestra poeta Rosalía de Castro estaba usando en *Folla Novas*, conscientemente, ciertos recursos de la retórica clásica: la figura de pensamiento llamada *evidentia*, tal como la prescribía Quintiliano. En ese mismo congreso, uno de los mayores especialistas en la lengua de Rosalía, Jesús Alonso Montero, comprobaba documentalmente, con notable desconcierto, que nuestra poetisa no sentía al gallego como lengua de cultura, pero que, sin embargo, su obra produjo, como todos sabemos, más nacionalismo que la de Curros Enríquez, que en cambio sí era un entusiasta y convencido galleguista. Para mí eso no era un sinsentido, ya que Rosalía había usado en su poesía los recursos que la retórica clásica preceptuaba para “mover los afectos” del receptor del mensaje. Quiere eso decir que Rosalía de Castro no *expresaba* sentimientos galleguistas que, al parecer, no tenía, sino que usaba figuras retóricas destinadas a “mover los afectos” del destinatario del mensaje. Para Alonso Montero, excelente lingüista y excelente galleguista, formado como yo en las teorías postkantianas de que la obra literaria es expresión de vivencias personales, el hecho que él descubría carecía de sentido: ¿cómo alguien que carecía de esas vivencias nacionalistas podía despertarlas en otros? Sí, podía, porque estaba aplicando recursos lingüísticos que durante milenios habían sido usados por los europeos para “mover los afectos”, aprendidos en una disciplina escolar llamada retórica.

Como se ve, la *Filología*, en sus diversas especialidades y asociaciones con otras, si bien es una disciplina de segundo orden, y se suele considerar insignificante hoy, puede ser y es un instrumento valioso y eficaz para la formación del hombre racional, con sus capacidades para distinguir entre valores y acertar a jerarquizarlos lo más humanamente –es decir, lo más racionalmente– posible. Según nuestro Fabio Quintiliano, el objetivo de la Retórica es formar al “hombre bueno, experto en el hablar”: *Vir bonus dicendi peritus*.

*Dixi / he dicho.*